

Differenz

Revista internacional de estudios heideggerianos y sus derivas contemporáneas

AÑO 9, NÚMERO 8: JULIO DE 2022. ISSN 2695-9011 - e-ISSN: 2386-4877 - DOI: 10.12795/Differenz.2022.i08.16

[pp. 205-209]

Recibido: 13/01/2022

Aceptado: 08/03/2022

EILENBERGER, Wolfram (2021). *El fuego de la libertad. El refugio de la filosofía en tiempos sombríos 1933-1943*. Trad. J. Chamorro Mielke. Barcelona: Taurus, 384 pps.

Manuel Sánchez Matito

Universidad de Sevilla

El filósofo y escritor alemán Wolfram Eilenberger entrelaza la vida y las principales ideas de Hannah Arendt con las de tres destacadas autoras del siglo XX: Simone de Beauvoir, Ayn Rand y Simone Weil. El libro nos ayuda a comprender cómo surgieron sus ideas no solo a partir de un contexto histórico y cultural, sino también de unas experiencias biográficas concretas. Su estudio se centra en la década que transcurre entre los años 1933 y 1943, representando, en cierto modo, una continuación de *Tiempo de magos*, el libro en el que se acercaba a cuatro grandes filósofos contemporáneos: Martin Heidegger, Walter Benjamin, Ernst Cassirer y Ludwig Wittgenstein.

La obra comienza ofreciendo el final de la historia: el primer capítulo se desarrolla en el año 1943 y nos muestra las frustraciones e ilusiones de las protagonistas en estos trágicos momentos. En la primavera de 1943 Simone de Beauvoir vive en el París ocupado por las tropas alemanas; a la espera de que se juzguen sus relaciones con algunas alumnas, reflexiona sobre cuál es el correcto compromiso moral: entre una búsqueda exclusiva de intereses privados y una renuncia altruista a las pasiones personales, elegirá un camino intermedio, una forma de libertad que necesariamente tiene que contar con

los otros. En ese mismo tiempo, Simone Weil, que ha elegido el camino del altruismo y de la entrega absoluta, sirve en Londres a la Francia libre mediante tareas administrativas, aunque desearía participar en los lugares más peligrosos del frente junto a una asociación de enfermeras. A pesar de su frustración y su debilidad física, su actividad intelectual fue frenética en el invierno de 1943: escribió sobre política, Europa, el marxismo o las relaciones entre las diversas religiones, redactando, además, una de sus obras más importantes: *Echar raíces*. En ese mismo año, Ayn Rand vive en Nueva York y, además de querer conocer la suerte de su familia en el Leningrado sitiado por las tropas de Hitler, tiene un deseo firme: ver el triunfo de la novela en la que ha estado trabajando durante años: *El manantial*. En esta obra defiende la libertad creadora del protagonista, el arquitecto Howard Roark, frente a las normas del Estado, frente a la imposición de la mayoría. Para esta autora estadounidense de origen ruso, la guerra mundial y la revolución rusa tenían una causa común: el triunfo de lo colectivo, la victoria de la masa frente al individuo, el dominio avasallador del Estado que desembocaba en el totalitarismo.

En 1943 Hannah Arendt también vive en Estados Unidos junto a su madre y a su segundo marido, Heinrich Blücher. Las noticias sobre el destino de los judíos en Europa, sobre los campos de concentración y la “solución final” le conmueven profundamente. Contempla lo que está ocurriendo como una pesadilla: unos hombres pretenden crear un mundo nuevo en el que dominarían de forma absoluta sin ninguna oposición. No obstante, frente a ese abismo ante el que se enfrenta, Arendt toma conciencia de su propia misión y comprende que es momento de despertar de esa pesadilla, de contar la verdad, de vivir el presente, como dirá Jaspers, o, dicho con otras palabras, de practicar la filosofía en el sentido original del término.

En los capítulos restantes el autor muestra cómo se desarrollan las ideas y las vidas de las diferentes autoras a lo largo de una década; en nuestra reseña nos centraremos en el estudio que realiza Eilenberger sobre Arendt. En el segundo capítulo “Exilio 1933-34” se nos presenta a la filósofa alemana asistiendo a un interrogatorio policial en Berlín y contemplando cómo se inician las detenciones arbitrarias y los traslados a los campos de concentración. La situación le lleva a escribir sobre Rahel Varnhagen, una judía alemana que vivió entre los siglos XVIII y XIX y que optó por esconder su origen para evitar los habituales conflictos de asimilación. Arendt concluye que la solución de Rahel conlleva la anulación de gran parte de la propia identidad; no es posible identificar nuestra humanidad solo con una racionalidad autónoma y universal, ya que sin una identificación cultural y social se pierde algo esencial. En una línea similar podemos comprender su respuesta a Karl Jaspers, su director de tesis, acerca de qué significa ser alemán: para Arendt, ser alemán representaba, sobre todo, identificarse con su lengua materna y con

una tradición poética y filosófica, es decir, no significaba formar parte de un destino histórico establecido, sino de una tradición cultural que se iba modificando con el tiempo. Hannah Arendt no encajaba, por tanto, en la nueva identidad alemana que se estaba imponiendo, pero, al mismo tiempo, había decidido, a diferencia de Rahel, no renunciar a su origen judío. Por tanto, solo le quedaba una solución: abandonar Alemania a través de la frontera checa y dirigirse a París.

En el segundo capítulo “Experimentos 1934-35” se describe la vida de Arendt como refugiada en París. Coincide allí con otros judíos alemanes convertidos en refugiados apátridas tras las nuevas leyes racistas impuestas en Alemania. Arendt desarrolla entonces actividades más prácticas entrando en contacto con grupos sionistas y viajando a Palestina. Su experiencia le deja una sensación agriulce: los *kibbutzim* reflejan una gran solidaridad en su interior pero, al mismo tiempo, empiezan a mostrar una nueva forma de aristocracia, una imposición de los judíos frente a la población local.

El siguiente capítulo “Prójimos 1936-1937” retrata los acontecimientos que se suceden en Europa: el rearme de la Alemania nazi, el aumento de presos políticos en el régimen de Stalin, el dominio de la Italia fascista en Etiopía, la aparición de frentes populares de izquierda o la guerra civil española. En este contexto Arendt ha iniciado los trámites de divorcio de su marido, Günther Stern, mientras vive su amor con Heinrich Blücher, el hombre con quien se casará posteriormente. El amor en la obra de san Agustín, nos recuerda Eilenberger, fue el tema de la tesis doctoral que Arendt presentó en Heidelberg en 1928. En la filosofía de san Agustín, el amor a una persona solo era verdadero en tanto que este remitía a Dios y mostraba la fraternidad entre todos los seres humanos. Arendt se distancia ahora de este sentimiento agustiniano ya que le recuerda el amor a la comunidad, encarnado, a su vez, en el amor al caudillo propio de los estados totalitarios; por este motivo, proclama ahora un amor por Heinrich que sea solo por ellos, por su felicidad en este mundo y, al mismo tiempo, por su independencia personal.

En el capítulo quinto “Acontecimientos 1938-39” vemos cómo la vida de los refugiados en París se va complicando. Por un lado, el número de refugiados está aumentando considerablemente y, por otro, la situación administrativa es cada vez más incierta. Ante este panorama, el círculo de amigos, la “tribu” de la que forman parte Heinrich Blücher o Walter Benjamin, mantiene su posición en la sombra evitando formar parte de cualquier asociación o partido de forma explícita. Animada por Benjamin, Arendt culminará su trabajo sobre Rahel Varnhagen. A pesar de esconder su identidad judía y vivir de un modo tan falso, Rahel podrá salvarse, piensa Arendt, gracias a su gran sensibilidad por el dolor ajeno. De este modo, el principio moral kantiano queda reemplazado por una conmoción

ante el rostro que sufre, una premisa que se convertirá en el fundamento de la propia ética de Hannah Arendt.

En el capítulo sexto “Violencia 1939-1940” se recuerda la huída de Arendt desde el campo mujeres de Gurs, situado cerca de los Pirineos, tras la ocupación alemana de Francia. Tras escapar se dirige a Lourdes donde pasará un tiempo con Walter Benjamin, quien empezaba a manifestar tendencias suicidas, antes de encontrarse en Montauban con su nuevo esposo, Heinrich Blücher. Ambos pudieron atravesar los Pirineos tras caminar varias horas por caminos escondidos; más tarde se dirigirán a Lisboa donde un barco les trasladará hacia Estados Unidos. La suerte de Benjamin fue muy diferente: aunque también atravesó la frontera, su visado no fue aceptado por los españoles y se quitó la vida en Port Bou.

En el capítulo séptimo “Libertad 1941-42” se nos muestra a Hannah Arendt adaptándose con dificultades a la vida en Estados Unidos; mostrando su espíritu combativo al defender la creación de un ejército judío mundial y expresando su malestar ante las decisiones tomadas por el movimiento sionista sobre el futuro del Estado palestino. En su opinión, el nuevo Estado no debería establecer la fuerte identificación entre Estado y nacionalidad propia de algunos estados europeos; convertir al nuevo Estado en sinónimo de nación judía sería un grave error ya que dificultaría la convivencia con los árabes y alentaría el sentimiento contra los judíos en toda la zona. Por el contrario, debería fomentarse un modelo federal que permitiese la convivencia de las distintas nacionalidades.

El último capítulo de la obra, denominado “Fuego”, se sitúa en el año 1943. Las noticias sobre las atrocidades que se están produciendo contra los judíos llegan a Arendt quien cree que una conspiración de silencio trata de ocultar los detalles del sufrimiento. A su dolor por la tragedia se añaden las desavenencias con algunos exiliados alemanes, sobre todo con Horkheimer y Adorno, acerca del legado de Walter Benjamin. Los filósofos frankfurtianos, además, están embarcados en el mismo tema que ocupa a Arendt, un estudio sobre el antisemitismo que culminará en el célebre libro de ambos: *La dialéctica de la Ilustración*. Hannah Arendt comprende que no es el momento de vaticinar proféticamente el futuro del mundo judío, pero sí de estudiar las claves, los elementos y orígenes que habían provocado la situación del presente.

Eilenberger cierra el libro con tres secciones diferentes: “Derroteros”, “Obras de las filósofas estudiadas” y “Bibliografía”. En la primera de ellas muestra cómo prosiguieron su actividad intelectual las cuatro autoras estudiadas. En el caso de Arendt, sus estudios sobre el antisemitismo culminaron con la publicación en 1951 de *Los orígenes del totalitarismo*, una obra que dio fama mundial a su autora y que resulta fundamental para comprender la

esencia del totalitarismo. Su actividad continuó entre el trabajo periodístico y la docencia universitaria que empezó a impartir desde finales de la década de los 50. Además, su valoración del juicio del dirigente nazi Adolf Eichmann en Jerusalén tuvo una gran repercusión y dificultó sus relaciones con los círculos sionistas. Por último, el autor nos recuerda la influencia creciente de la obra de Hannah Arendt en los últimos años.

En definitiva, Eilenberger ha vuelto a lograr con este libro una tarea tan difícil como necesaria: desarrollar el arte de la divulgación filosófica, esto es, mostrar con un lenguaje cercano cómo se forjaron algunas ideas filosóficas en una década crucial para la historia de la humanidad.